

Confrontación e integración cultural entre América Latina y los Estados Unidos

ALBERTO DALLAL

Las voces más impresionantes y dramáticas escuchadas durante la Guerra del Golfo fueron emitidas por el presidente Bush. El mandatario norteamericano acusó a Sadam Hussein de ser el gobernante fanático de un pueblo fanatizado por la religión, a expensas de una estructura de poder que, en el nombre de Alá, manipulaba la energía de toda una nación. Las declaraciones fueron significativas porque durante ese mismo lapso de violencia organizada, el presidente Bush asistió sistemáticamente a servicios religiosos para que el pueblo norteamericano —también un pueblo religioso— quedara convencido de que el jefe de Estado decidía y obraba correctamente. La Guerra del Golfo “fue la guerra de la religión estadounidense (y de la religión de los Estados Unidos en el extranjero, aun entre [sus] aliados árabes) contra todo lo que niega la condición y la función de la identidad propia como la verdadera norma de ser y de valor...”¹

Los sucesos posteriores nos indicaron con claridad y con creces que el enfrentamiento no podía ir más allá de los espacios políticos que podían alcanzar dos naciones cuyas estructuras políticas también se apoyan en la religión, dos países en los que pesan las creencias religiosas por lo menos tanto como los idearios políticos. Es decir, dos naciones que, aun distintas, poseen dos culturas fuertes, paralelamente intransigentes, cuyas poblaciones hacen intervenir en igual medida los razonamientos políticos y las intensidades religiosas ante cualquier situación interna o externa. Los noticiarios televisuales internacionales han emitido más tarde indistintamente, imágenes de las comunidades árabes en plena oración con los ojos de sus miembros dirigidos en dirección de la Meca, y de los policías norteamericanos parapetados en los alrededores de la fortaleza que un dirigente religioso erigió en Waco, Texas, y que sufrió hasta su extinción a causa de acosos y combates de tipo militar. Recientemente, el

regreso de Yasser Arafat a la franja de Gaza, tras de veintisiete años de exilio, asume, no obstante su significado político y revolucionario, un tono de reivindicación religiosa que se mide y contrasta (y naturalmente se enfrenta) a los fanatismos radicales tanto del sector árabe como del israelí.

Estas muestras de comportamiento popular y religioso violento nos indican que los actuales son tiempos de meditar más objetivamente en torno a nuestros conceptos de cultura. Estamos obligados en los tiempos que corren a buscar parámetros más adecuados y operativos para no echar en un mismo “saco interpretativo” circunstancias culturales en las que intervienen, en la misma medida, factores y elementos religiosos, raciales, económicos y sociales. Debemos tener cuidado al establecer conclusiones racionales con respecto a ciertas posiciones políticas impregnadas de creencias religiosas pero asimismo estamos obligados a buscar puntos de apoyo analíticos que nos permitan reconocer, ya no “grados culturales”, como antes se hacía, sino más bien “situaciones de cultura”. Estamos en el umbral de negarle a la categoría *cultura* ese valor de pura calificación que caracterizó a la sociología hasta hace muy poco tiempo; debemos acatar un marco de referencia más amplio, más antropológico, más, por así decirlo, neutro y objetivo, cuando se trata de ubicar el comportamiento de una comunidad, un grupo social, una nación, un pueblo. La cultura (nos ha enseñado esa narración violenta y sorprendente de los conceptos y los hechos que se halla lejos de acabarse) es un conjunto de elementos que produce acciones y actitudes que sólo pueden entenderse y calificarse a la luz de situaciones y posiciones más amplias y más concretas en el tiempo y en el espacio; es decir, más históricas. Y, además, mayormente específicas, concretas, reales, o sea: más objetivas y des-ideologizadas. Más científicas.

El tema de la cultura ha devenido fascinante punto nodal científico e histórico sobre todo a la luz de los acontecimientos de los últimos quince años. La crisis y desmantelamiento del sistema socialista, la afloración de las consecuencias del super adelanto tecnológico y científico, las pesadumbres del hambre,

¹ Harold Bloom, “La religión en los Estados Unidos”, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, Núm. 283, julio 1994, p. 7.

el sida, la contaminación, el narcotráfico, etcétera, no han resuelto el problema inmediato de describir, analizar e interpretar qué planteaban las categorías tradicionales del concepto *cultura*. Esta noción de cultura poseía y guardaba un sentido occidental implícito y, paradójicamente, una discreta orientación teísta (“por derecho histórico, cualquier institución religiosa resulta indiscutible en su concreción y poder”) y también liberal (“en los menesteres de la política la religión sólo actúa indirectamente”). Ante los hechos actuales, ¿son menos cultos los pueblos africanos, aunque más intensamente dueños de elementos básicos de identidad cultural, que el resto de los pobladores del Globo? Las categorías de la cultura, ¿deben medirse en proporción directa de su “manejo”, aplicación o manipulación de estos elementos? ¿Qué relaciones guardan hábitos que *per se* consideramos biológica o socialmente negativos, como la drogadicción, con la creatividad, el arte popular, la “elevación” de los signos de identidad? Con sorpresa nos damos ahora cuenta cabal de que los aspectos, elementos o ingredientes sociales, económicos, políticos que conforman cualquier *cultura* se hallan tan entremezclados que no es posible, en los análisis y dictámenes apresurados, prescindir de ninguno. Como nos lo muestra el renacimiento de los fenómenos del nacionalismo y el racismo recalcitrantes, hoy en día resulta difícil atribuirle a ciertos rasgos de radicalismo un solo grupo de factores o elementos de peso e intervención. Como nos lo indican —una vez desmantelado el “socialismo real” en casi todo el mundo— los fenómenos de insatisfacción, agresividad y descontento en los países tecnológicamente avanzados, de economía de libre mercado, no bastan ciertos aspectos ideológicos y políticos actualizados o de vanguardia para conformar una cultura estable, creativa o siquiera limitadamente civilizada. ¿En dónde queda entonces el mejor parámetro para medir y calificar la cultura en los tiempos que corren?

Curiosamente, al mismo tiempo que entran en crisis o se diluyen las categorías culturales que a la luz de la tradición democrática occidental explicaban los comportamientos nacionales e internacionales, han subido los bonos de las categorías netamente políticas. La misma expresión “cultura política” en algunos aspectos, aplicaciones, situaciones y sociedades se ha convertido en reiteración. En las definiciones mismas de la democracia estrictamente neoliberal parece jugar un papel primordial una contradicción: ¿no resultará atrasada cualquier cultura específicamente democrática y neoliberal —de libre mercado— que no permita, impida o limite *cualquier* expresión política o cultural de grupos minoritarios? En el plano internacional, se antoja, por ejemplo, que la globalización de la política no llega a ser tan elástica y paradigmática (creadora y aplicadora de modelos) como para impedir las matanzas en Yugoslavia o los males mínimos que anuncian las catástrofes de los países de la ex Unión Soviética o la salvación de un continente entero: África; o bien, para garantizar el cauce político y pacífico de las guerrillas en varios países latinoamericanos o la aplicación política certera en el conflicto israelí-palestino. Haití no sólo es el negrito en el arroz continental; también es la

piedra de toque del sistema democrático “impuesto”. Usé la palabra *curiosamente* porque hemos aprendido que con nuestras antiguas categorías y nuestros tradicionales valores y campos de acción culturales ya no es posible negociar o actuar. Ahora cada país, cada pueblo, cada bloque efímero, cada tratado de libre comercio, cada examen de situación parece concentrarse en la descripción, el tratamiento de los síntomas y los razonamientos, las inferencias y las posibles *soluciones políticas*. Vivimos una época notable en la que los valores políticos, sobre todos los demás valores, se han universalizado *abiertamente*. No es con las categorías culturales globales con las que se entienden o enfrentan los Estados Unidos, China, Alemania o Japón; tampoco son las aplicaciones de acciones culturales las que hacen surgir a los Estados Unidos como “país salvador” en Namibia o en Haití. La superpotencia única —¿la última superpotencia?— aprende ahora a traducir todo tipo de palabras y frases, otrora ingredientes de una actitud o de un conocimiento culturales, en sus planos y sus universos políticos. Recordemos cómo, en parte, y no despreciable, el lenguaje político de Clinton tuvo más efectos sobre los ciudadanos participantes norteamericanos que el lenguaje moral y hasta religioso de Bush durante las elecciones en los Estados Unidos. Y es que los fenómenos que han hecho mella fundamental en el mundo durante los últimos treinta años, sobre todo a partir de los últimos años sesentas, no aportan, precisamente, elementos para la configuración cultural universalizadora sino más bien elementos para una politización rápida y eficaz de las naciones, politización que —exenta de ideología o *élan* religioso, es decir carente de generalidades demasiado vastas o absolutas— se allega, para existir y actuar, a lo concreto, a lo fácilmente ubicable y definible. A lo concreto, a lo real, a lo inmediato.

Por su parte, la vertiginosidad de las noticias, su misma simultaneidad con los acontecimientos, ha adiestrado adecuadamente (más de lo que piensan sus manejadores, empresarios y hacedores de noticias) a los espectadores, lectores y oyentes. En el sentido de la vinculación dialéctica entre emisión de la información y decisión para actuar, los tiempos se han acortado enormemente y a este fenómeno no podemos llamarlo de distinta manera que *politización*. ¿Cómo llamar a las nuevas actitudes y circunstancias que permiten al campesino latinoamericano decidirse por la siembra y producción de estupefacientes aun midiendo la intervención de las fuerzas militares o gubernamentales o en contubernio con ellas? La pura politización de los mercados y los ámbitos comerciales no ha resultado suficiente medio de acción internacional, tal como lo prueba el cierre en los países occidentales a la libre entrada de los productos chinos, elaborados con las ventajas de una mano de obra extremadamente barata y la explotación autoritaria de la fuerza de trabajo. Sabemos que los medios de comunicación le han mostrado a la población mundial sistemas y formas de vida socializables en los que los hijos, la familia, la comunidad no padecen hambre y tienen acceso a los mínimos elementos circunstanciales —materiales e inmateriales— que le permiten vivir con decoro y soltura, con felicidad, a cualquier ser hu-

mano. ¿Cómo calificar el proceso según el cual los pobres de las ciudades aprenden que entre las obligaciones del Estado está la de organizar su supervivencia ante el desempleo? ¿Cómo denominar el mecanismo según el cual ciertos gobiernos propician y aplican procesos electorales a sabiendas de que habrán de manipularlos y sabotarlos? Los medios de análisis y de interacción de la política se han desparramado por el mundo pero también se han divulgado de manera eficiente y suficiente las frases y las imágenes que —aun sin proponérselo— indican en qué consisten concretamente situaciones y circunstancias, mundos enteros que otrora resultaban vagos, inasibles: democracia, cultura, civilidad, educación, bienestar familiar, ascenso social, satisfacción económica. El fantasma de la acción política concreta recorre al mundo a través de las imágenes y los sonidos de la comunicación globalizada.

Los parámetros de medición y apoyo se han invertido: allí donde las acciones políticas de una comunidad culminaban —tras unas elecciones, una guerra de liberación, una revolución, un enfrentamiento entre pares o nones—, se iniciaba el discernimiento y establecimiento de los elementos-clave de tipo cultural. Éstos —se creía— acabarían por identificar y expresar a la comunidad. No otra cosa que actitudes concretas y modos de expresión es la cultura. La historia nos ha enseñado que no ocurre así el devenir. Por lo menos ya no en esta época. Por el contrario, cualquier cúmulo de elementos culturales —sean éstos características raciales, organización de la economía y el trabajo, instituciones y creencias religiosas, creatividad artística individual o colectiva, pensamientos “puros” o misticismo, actitudes ante la guerra, la economía, la ciencia, etcétera— es un punto de arranque, una “conducta en sí”, un elemento de dinámica auténticamente política que ofrecerá cierto tipo de consecuencias y no otro en el futuro cercano o mediato. Existe, ya, una “cultura beligerante” en las actitudes generales de ciertos grupos humanos, en ciertas clases sociales, en determinados pueblos, que sólo espera de circunstancias específicas para “estallar”. Es el cómo se ofrecen, se producen, se imponen cualesquiera elementos culturales —es decir, su dinámica política— lo que va a indicar el derrotero histórico, las consecuencias de dichos elementos aislados o, mejor, en acción grupal. Los acontecimientos actuales nos muestran que no se requiere de profesionales para echar a andar los mecanismos políticos existentes o poco vigentes. Es más: ante la participación de las masas —¿la rebelión descrita por Ortega y Gasset?—, los profesionales de la política, los políticos puros llegan en los tiempos que corren a hacerse sospechosos. Si la enorme contradicción de la ideología socialista radicaba en la encomiable y dichosa extinción de las fuerzas que mantenían organizada a la población —el Estado—, extinción que, por lo visto, jamás ocurriría, la más profunda contradicción de la ideología democrática occidental, hoy en día, consiste en impulsar hacia el mandato y la coordinación de la riqueza de las sociedades a aquellos individuos que desean acumularla apropiándose de ella. Por tanto, la respuesta real al dilema se

halla en la identificación plena entre cultura y política, entre la necesidad y la solución *concretas*, entre la especificidad de las aspiraciones económicas y sociales y la especificidad de los medios para alcanzarlas. El protagonista real y concreto de la política, su coordinador y representante idóneo por antonomasia, será entonces aquel individuo que se preste a ejercer el servicio a la comunidad por vocación de dirigente y por convencimiento de que debe rechazar, hacer a un lado, sus intereses personales mediatos o inmediatos. Es decir, la política en todos sus aspectos y niveles, ha pasado a ser el factor fundamental de toda *cultura* porque ante lo concreto —en la teoría y en la práctica— sus protagonistas dominan lo real y lo inmediato. La cultura concreta de una comunidad —en el tiempo y en el espacio reales— incluye su conocimiento de lo posible.

Ante esta afloración de la acción política de las masas, inmediata, generalizada y concreta, ¿cuáles pueden ser las relaciones que en lo cultural intercambiarán, al corto y largo plazo, dos entidades dispares como los Estados Unidos y América Latina? Si le hacemos caso al pasado, jamás llegaremos al reconocimiento de un estado idílico. Histórica y culturalmente esas relaciones no han sido sólo peligrosas y críticas sino también violentas y radicales. Agua y aceite. Podríamos incluso negar que han existido tales relaciones. No las han hecho discordantes, ni mucho menos, los tipos o clases raciales o sociales de distinta índole que caracterizan a cada una de las partes. Por momentos las filtraciones culturales, los préstamos y las asimilaciones han mostrado cierta permeabilidad, por ejemplo en la influencia lograda por los emigrantes latinos principalmente en el sur de los Estados Unidos. La punta de flecha no han sido, ni mucho menos, las cualidades propias de una mano de obra barata. También han influido el vigor de las expresiones supraestructurales netas —la música y las artes plásticas, por ejemplo— y ciertos instrumentos de uso que conforman sistemas sociales de comunicación como la comida y la lengua. Y es que la cultura no es sólo la manera de imaginarse los fenómenos; tampoco solamente las formas de interpretación del pasado; la cultura se halla conformada *también* por aquellos objetos que, acumulados y resguardados, impiden el deterioro y la extinción de los signos y los símbolos que comparten los miembros de una comunidad. (De ahí la importancia superlativa que adquieren, por momentos históricos localizables, tanto la operatividad elemental e inmediata de las artesanías, como las *formas* e imágenes más complicadas y complejas del “gran arte”.) Cultura es, entonces, entre otras cosas, funcionalidad de lo objetivo. Histórica y socialmente pueden descubrirse defectos y virtudes en un todo cultural (incluidas las actitudes y los hábitos de la comunidad) y esta observación de los elementos *dentro de un escenario general e histórico específico* será la única vía legítima para llegar a una calificación de índole cultural. Por ejemplo, es posible asegurar la existencia de factores limitantes (negativos desde el punto de vista de la dinámica histórica) en el atraso de la tec-

nología de los pueblos prehispánicos en comparación con los recursos originales y asimilados que traían ya los soldados conquistadores. Tecnología implica no sólo "artefacto inventado" sino también procedimientos de uso y aplicación y conocimiento inherentes al objeto o máquina. La tecnología —nos lo muestran con creces sus vínculos irremplazables con el pensamiento científico— no es sólo conjunto de procedimientos —a veces en torno al aparato, aunque no necesariamente—; también es renovación, recreación, mantenimiento, manejo de procesos y, sí, teorización de todos ellos. También actitud humana, grupal, hacia todos los elementos.

Si analizamos con objetividad suficiente la dialéctica latinoamericana-estadounidense nos percatamos con suficiente seguridad de que en el plano cultural los enfrentamientos han sido tan brutales, como en el plano político y aun militar; han intervenido en el proceso histórico-cultural desde la confrontación de visiones del mundo radicalmente opuestas, pasando por la dinámica religiosa y la afloración de actitudes políticas ancestralmente divergentes, y desembocando en la enorme gama de "apreciaciones" implicadas en terrenos tan distantes como el de la necesidad de "asentar" con rapidez una cultura que ya ha culminado en variados aspectos de organización social y tecnológica, como la de los Estados Unidos, frente a culturas sumamente avanzadas en ciertos aspectos subjetivos —las civilizaciones indígenas— y por tanto dueñas de una enorme capacidad de abstracción (el cero de los mayas o el manejo de los espacios rituales, por ejemplo). Mientras el pueblo norteamericano generó habilidades de *apropiación a fondo*, como la asimilación de la organización monumental del arte y de las expresiones culturales, los pueblos y naciones de América Latina no institucionalizaron con la debida rapidez el intercambio de bienes culturales y artísticos, al grado de que aún en la actualidad ven saqueadas sus reservas y sus fuentes supraestructurales tanto o más que sus riquezas naturales. Mientras en los Estados Unidos se establecieron con pasmosa rapidez museos, galerías, bibliotecas, instituciones dedicadas al resguardo de culturas externas —mientras acoplaban de manera eficiente la definición y la generación productiva, institucionalizada, de su propia *cultura norteamericana*, es decir, nacional: jazz, danza moderna, pintura abstracta, cine artístico-industrial, etcétera—, en los países latinoamericanos este proceso devino lento, ineficiente, poco audaz y limitadamente prudente, más bien ingenuo: la estructuración de los resguardos de los bienes culturales y artísticos —incluyendo sus leyes— ha ido de lo obvio y general a lo concreto, de lo subjetivo a lo objetivo, de lo teórico a lo práctico: todo —aún ahora— con una lentitud sorprendente. Como parte integral de sus aptitudes culturales, los Estados Unidos supieron re-crear las vertientes y modalidades de su arte y su cultura institucionalizados: organizaron orquestas sinfónicas, compañías de ballet, museos de gran aliento, etcétera, aplicando el modelo europeo, al mismo tiempo que difundieron y extendieron sus únicas formas autóctonas de arte: el jazz y la danza moderna. La

influencia alcanzada por todos los aspectos de la cultura latinoamericana, con todas sus vertientes y modalidades (un ramillete multifacético de elementos) sobrevino gracias a su enorme vigor, a la profundidad de sus raíces, a veces a la involuntaria tenacidad de sus participantes. (Una de las características de la cultura de los pueblos de América Latina bien podría ubicarse en su resistencia a la conformación de sistemas operativos de competencia. Lo vemos en la política y en el deporte.)

En el transcurrir político estas confrontaciones no sólo se han hecho evidentes sino fundamentales. El proyecto totalizador y continental de Simón Bolívar en nada se asemeja a la visión expansionista, funcional y programática de Hamilton o de Monroe. Son otras las raíces y distintos los tratamientos propuestos. Los objetivos no coinciden en el mismo concepto o meta de democracia ni de sistema social; tampoco en las actitudes culturales. Lo estamos presenciando en la actualidad: la declarada asunción de lo que debe ser el sistema democrático en la mayoría de los países de América Latina nada tiene que ver con los procedimientos aplicados por sus sistemas de gobierno o sus gobiernos en turno, no obstante que de manera abstracta y subjetiva —ante la evidente crisis de la ideología socialista y nacionalista— acudan estos gobiernos, en lo político y lo económico, al modelo y a la estructura de Norteamérica, es decir, a los paradigmas estadounidenses. Y ante la evidente crisis del propio sistema económico estadounidense nos percatamos con temor de que las negociaciones para la salvaguarda del sistema interamericano —política y socialmente— tendrán implicaciones de discusión muy fuertes, demasiado intensas para resolverse de un plumazo, digamos con las firmas inmediatas de sucesivos tratados de libre comercio. Las concepciones y prácticas de los sistemas, procesos y procedimientos de la democracia no sólo conllevan una dialéctica, una dinámica distinta en los Estados Unidos y América Latina; también existen diferencias fundamentales en la aplicación y en la vigencia de específicos elementos culturales en lo que a fenómenos de democratización se refiere. O, para decirlo más claramente: lo específico y concreto latinoamericano resulta distinto de lo específico y concreto norteamericano. Y son los puentes que se tiendan entre estos elementos distintos los que allanarán el camino de la integración. Los signos emitidos por una situación de violencia social, por ejemplo, son muy distintos en los países latinoamericanos y en los Estados Unidos. Las luchas políticas de las minorías son prácticamente inasimilables o sorprendentemente lentas en los países latinoamericanos, mientras que en los Estados Unidos resultan raseros o medidas indispensables para la conformación de las vías de gobierno. En suma, la naturaleza y conformación de la cultura es, si no opuesta, por lo menos disímbola y apartada en el conjunto del Continente.

¿Cuál es el futuro que guardan las relaciones político-culturales entre los Estados Unidos y América Latina? Desde luego, los fenómenos acaecidos en el mundo en los más recientes decenios indican que la atención debe cifrarse en la

aplicación de medidas rápidas —en algunos casos vertiginosas— que por lo menos hagan más operativas y menos brutales las diferencias políticas entre las dos entidades en el corto plazo. Asimismo, se hará indispensable acelerar los procesos de profesionalización en América Latina, tanto de las actividades como de los derechos y responsabilidades gremiales relativas a la cultura institucional. En seguida, paso a enumerar algunos de los intercambios “urgentes” en la dialéctica cultural de ambos sectores del Continente Americano:

1) Reconocimiento de que el apoyo, la expansión y la profundización de los sistemas de enseñanza y aprendizaje en el nivel de la educación resultan imprescindibles en *cualquier* época histórica. La educación básica jamás debe dejar de ser prioritaria en un solo país del mundo y especial énfasis debe otorgarse a la expansión y mejoramiento de la educación superior en América Latina.

2) Respeto irrestricto a los sistemas de organización y de enseñanza elemental y superior implicados en cada cultura nacional y búsqueda de puentes y puntos de contacto (mediante investigación) para hallar soluciones e intercambios racionalmente viables.

3) Acelerado apoyo en todos sentidos a los sistemas de educación superior en los países latinoamericanos. En los países latinoamericanos los procesos de modernización se han sustentado en el acortamiento de proporciones entre número de habitantes y núcleos preparados profesionalmente. Se requiere acelerar el ritmo de creación y aplicación de novedosos sistemas de enseñanza en instituciones que por tradición y por dinámica histórica *ya son*, sin más, “universidades de masas”, instituciones con las que las universidades norteamericanas pueden establecer vínculos fructíferos y aleccionadores. Ampliación e implementación de los sistemas de adiestramiento rápido, eficaz y de calidad en lo que respecta a los métodos de investigación especializada, humanística, tecnológica y científica, en los países de América Latina.

4) Análisis y aprovechamiento de la cultura urbana que recientemente surge y se expande en las grandes ciudades latinoamericanas. Creación y aplicación de nuevas formas de organización participativa que no sólo solucionen problemas inmediatos sino que creen modelos de convivencia político-cultural que garantice la supervivencia y nuevo acondicionamiento de las manchas urbanas.

5) Apertura política y de funcionamiento de los medios de comunicación masiva en los países latinoamericanos. Su inmediata y amplia profesionalización. Reconocimiento de que los medios masivos no son solamente vehículos y transmisores de una cultura política sino expresiones culturales por y en sí mismos. Creación en los países latinoamericanos de sistemas nacionales de periodistas profesionales semejantes al Sistema Nacional de Creadores mexicano.

6) Reglamentación de apoyo inmediato a la creatividad y a la vigencia de los derechos de autor en América Latina por lo menos hasta que se sistematice la defensa estructural

y legal de los creadores e inventores, tal como sucede en los países de economía avanzada.

7) Reestructuración del enorme aparato institucional y oficial de la cultura y el arte latinoamericanos. Reconocimiento continental de la capacidad expresiva y participativa de la cultura autogestiva, no reglamentada, para convertirse en motor del cambio y del avance social y político de la población latinoamericana.

8) Intensificación de intercambios culturales en todos los niveles entre los Estados Unidos y Canadá y los demás países del Continente. Reconocimiento de la enorme funcionalidad de las actividades culturales libres y creativas, institucionales o no, para fomentar el conocimiento y el intercambio social entre poblaciones, comunidades, individuos y países.

9) Creación de sistemas de difusión cultural y artística de tipo itinerante e ininterrumpido, principalmente de la llamada “alta cultura”, toda vez que estas expresiones, en cada país, y en cada época histórica, se convierten en síntesis y *summum* histórico y social de cada entidad.

10) Inclusión inmediata en todas las instancias ya descritas y enumeradas, de la ciencia y la tecnología como sectores esenciales de la cultura globalizada del siglo XXI. Lo mismo con la amplia aceptación de los medios de comunicación masiva como difusores y generadores de la cultura universal.

11) Divulgación continental de las expresiones culturales de las minorías organizadas y activas localmente. Difusión de sus propuestas y puntos de vista, toda vez que marcan, como todas las vanguardias culturales, nuevas y variadas formas de acción y de conocimiento, elementos de renovación indispensables para encontrar las formas culturales y políticas que permitan la supervivencia y la convivencia sociales y políticas en el siglo XXI.

En las circunstancias que vive el mundo actualmente, la más prudente, amplia y objetiva aplicación de la cultura conlleva la posibilidad de apertura en todos los campos y niveles del actuar humano, premisa que se incluye en la definición actualizada de *cultura*. Y así como los umbrales del siglo XXI sorprenden al Orbe entero con problemas y situaciones jamás vividos o imaginados, la cultura como haz de elementos, actitudes, acciones y objetos también implica no una vía de escape a callejones sin salida sino una renovada aplicación de fórmulas políticas de análisis y de cambio más flexibles, serenas y actuantes (dinámicas). Si en los decenios anteriores la ideologización de la cultura, de la economía y de las relaciones internacionales impidió la iniciación de un diálogo fructífero de soluciones generales, hoy la auténtica y concreta politización de las acciones humanas abre la puerta de las soluciones estables. Y mediante esta verdadera politización, la cultura asume su papel activo y profundo como eficaz elemento propiciador y multiplicador de los más altos valores y principios de la humanidad entera. ♦